

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE DE 1905

NUM. 521



LA FIACCOLATA ELECTORAL

VINCENTI. — ME PARECE, QUERIDO GEDEON, QUE DE ESTAS ELECCIONES MUNICIPALES NO PODRÁ USTED QUEJARSE... HA HABIDO MUCHO ORDEN Y MUCHA LIMPIEZA.

GEDEÓN. — ¡YA LO CREO...! COMO QUE NO HAN VOTADO MÁS QUE LOS GUARDIAS Y LOS BARRENDERS.



ANUNCIOS INCOBRABLES



DIPUTADOS VOLTAICOS

DE LA CASA

Montering & García Prieten de Lourizench-Santiago

ÚNICO

Primer Premio

en la Exposición liberal de 1905, á pesar
de los muchos aspirantes a la Jefatura.

Más de 200 diputados voltaicos de esta Marca
instalados en el Congreso.

Unico actual representante y depositario de los diputados voltaicos MONTERING & GARCIA PRIETEN
D. LEOPOLDO GALVEZ HOLGUÍN, Castuera, 1 sencillo.

No se acabó el carbón para los diputados voltaicos: Depósito mayor y
mejor surtido en España, en la Comisión de actas. Precios en competencia, según
el distrito.

Tengan presente los conocedores y caciques de los voltaicos MONTERING que ha dejado
de ser representante de la casa MONTERING & PRIETEN la sociedad MELLADO,
VILLANUEVA Y SANCHEZ ROMAN, actualmente en una cesantía desastrosa.

Hoy, como decimos antes, el que da patentes y corre con todo es D. LEOPOLDO GALVEZ
HOLGUÍN, á quien pueden hacerse proposiciones.

Voltaicos
de
luz moretista

Voltaicos
de
una sola
legislatura

Voltaicos
de
dobles
destinos

Voltaicos
de
inteligencia
cerrada

Voltaicos
de
motor
Romanones

Voltaicos
de
luz
canalejista

Voltaicos
de
luz
Vega-Armigo

Voltaicos
de
luz
Weyleriana

Voltaicos
para
el hemicycle

Voltaicos
para las
votaciones

Voltaicos
con
luz liberal
indirecta

Voltaicos
para
direcciones
y otras
prebendas

Voltaicos
para
fotoyerno-
grabado

Voltaicos
para el
escaparate
de
Gobernación

Voltaicos
para
proyecciones

Voltaicos
para
las interrup-
ciones

PÍDASE

en todas las tiendas de ultramarinos de Chamberí

EL CAFE EN GRANO CON LA GRAN TOSTADA

clase SOCIALISTA

DE LA COMPAÑIA DE PABLO IGLESIAS

en certificaciones precintadas

y en cajitas con sorpresa

La Compañía de Pablo Iglesias sigue expendiendo con paciente elaboración
las demas clases de café molido y por moler á otros candidatos.

PERITOS CALÍGRAFOS

Preparación especial por poco dinero. Se reforma la letra. Ejercicios prácticos para villaverdistas y ministeriales por un profesor de SEQUE-ROS recién llegado á esta corte.

Se envían muestras á domicilio, y si alguien lo duda, que vaya á SALAMANCA, donde informarán, como también en la

COMISIÓN DE ACTAS
DEL CONGRESO

JUEVES DE GEDEÓN



Socorro!

- ¡Qué voces, Gedeón, amigo mío!
- ¡Favor!
- Pero ¿qué te pasa...? Explicatelo.
- ¡Socorro, socorro!
- Habla de una vez; no me atormentes con tus gritos desesperados é incomprensibles. ¿Qué te sucede? ¿Por qué pides socorro?
- ¡Ay, Calínez! Montero Ríos va a presidir las Conferencias de Algeciras.
- ¿Y por eso demandas tú socorro á gritos?
- ¡Naturalmente! En París no presidía las Conferencias, asistía á ellas nada más, y nos dejó sin una colonia; ahora que va á presidir la de Algeciras...
- Nos quedamos sin una pulgada de tierra marroquí.
- Peor que eso, ¡nos vuelven á conquistar los moros!
- ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- Y con las aficiones que se traen.
- Y encontrando aquí tantos congregantes de la calle de Zorrilla.
- Y tantos diputados jovencitos.
- ¡Qué terrible invasión! ¿Pero no habrá algún medio de evitarla?
- Ninguno. Presidiendo Montero Ríos las Conferencias de Algeciras, muertos somos. Antes de un año nos reparten los marroquíes. Tú, pobre Calínez mío, serás, si logras tanta fortuna, guarda de algún harem.
- ¿De un harem? ¡Que vengan pronto!
- Sí, ¿pero cómo?
- Como les dé la gana. Ya estoy deseando entrar en funciones.
- Sí, ¿pero cómo entrarás?
- ¡Dale bola! como se entra á todo en España: como yerno, si quieres.
- No, ya no podrás ser yerno.
- ¿Es que los musulmanes les prohíben casarse á los guardas del harem?
- No se lo prohíben; les incapacitan para ello.
- ¡Tate! Pues es lo que nos faltaba á los españoles. Precisamente Salmerón nos muele todos los días con que no estamos capacitados para nada serio y progresivo. Yo creía, al oírle, que sólo servíamos para yernos, y ahora sales tú con el pio de que ni para eso vamos á servir. Es una delicia el haber nacido en la patria del difunto Sánchez Román. ¡Qué cánones!, nos ha divertido D. Eugenio.

—No le llames D. Eugenio...

—¡Bastante le importa á él que se le llame de un modo ó de otro, mientras siga cobrandol! ¿Que entran moros? Que entren. ¿Que entran frailes? Que pasen. Es un hombre *hermeticamente* abierto á toda invasión, menos la de la Presidencia del Consejo. Esa es la única puerta que quiere tener bien cerrada y defendida con sólidos candados, contra Moret y Canalejas, Vega de Armijo y López Domínguez. Tanto miedo tiene á que le abran esa puerta, que duerme con la ganzúa de Romanones debajo de la almohada. Pero en los demás sitios, ya puede entrar todo el mundo. Los republicanos se apoderan de los Municipios, y él, como Julio Ruiz en sus buenos tiempos, exclama: «¿Y á mí qué?» Las órdenes monásticas continúan franca y seguramente convirtiendo en un convento la nación, y él entre las estufas del Senado repite desdeñosamente: «¿Y á mí qué?»

Dices que va á presidir las Conferencias de Algeciras, y que por obra suya, en vez de llamarnos á la parte de Marruecos que nos corresponde, vendrán los marroquíes y se apoderarán de nosotros: pues mientras no le quiten la Presidencia del Consejo, seguirá imperturbable, exclamando: ¿A mí qué? En París nos liquidó las colonias, en las elecciones municipales ha liquidado el predominio monárquico, en el Senado liquida á cada paso la democracia, en Algeciras liquidará nuestra influencia en Marruecos: ¡es un gran liquidador! Pero no puede comprender que le liquiden á él. ¡Eso no!

—Ya ves, por tanto, Calínez, si tenía vo motivos para pedir desesperadamente ¡socorro!

—Sí que los tenías para pedirlo, pero te molestabas inútilmente, porque no te lo han de dar. Ahora, que entren moros ó que vengan frailes, lo único que nos preocupa es el presupuesto. Tú sabes que el presupuesto es la ley más importante, sobre todo tratándose de un país que no come. Porque si no se aprueba el presupuesto, ¿con qué fundamento legal se le va á exigir al país que continúe sin comer y pagando á toca-teja las contribuciones? ¿Comprendes el conflicto?

—Perfectísimamente.

—Tú dirás: bueno, pero ese presupuesto ha de aprobarse necesariamente, porque merced á sus sabias disposiciones, el pueblo español que no comía empezará á comer, aunque mal, y el pobre y hambriento contribuyente, doblado bajo el peso de su carga, comenzará á sentir el alivio de la disminucion de ésta, aunque sólo le quiten de encima lo del tamaño de un cañamón. ¡Cal!, nada de eso, amigo mío. El presupuesto que tenemos que aprobar es el mismo del año pasado y del anterior y del otro, el presupuesto de no comer y de reventarse bajo los tributos. ¡Y ya ves si corre prisa su aprobación! ¡Como que si no se aprueba para fin de año nos hundimos!

—Y si se aprueba, todavía más.

—Pues por eso corre tanta prisa. El otro, el que ha de alimentarnos é instruirnos vendrá después, si es que viene; pero lo urgente, lo imprescindible, lo

inmediato es que nos muramos de hambre y nos reventemos legalmente. Si no se aprueba el presupuesto no pereceremos con arreglo á la ley, y nuestro fallecimiento será un oprobio para la Constitución. ¡Figúrate si esto es terrible: morirse uno faltando á la ley fundamental del Reino!

—¡Qué horror!

—Así es que Montero Ríos no piensa, ni quiere, ni se preocupa más que de la aprobación de los presupuestos, para que no nos veamos los españoles en ese amarguísimo trance. Aparte de que sin esa aprobación, lo mismo que nosotros no podemos seguir muriéndonos legalmente, él y sus yernos no pueden continuar cobrando con arreglo á la legalidad, y malo es que nosotros nos muramos sin todas las de la ley; pero que ellos no cobren, vamos, eso toca ya en lo apocalíptico. Por fortuna, D. Eugenio, que tratándose de cobrar es hombre previsor, encargó á Echegaray de la trilogía de Hacienda, y D. José, que hace dramas con las matemáticas, no ha tenido que quemarse mucho las cejas para confeccionar unos presupuestos escénicos con los restos mortales del infeliz D. Raimundo (que en paz, por fin, descansa).

—¡Pero, hombre, Echegaray todo lo hace á medias! Le dan un premio con Mistral, y confecciona unos presupuestos con Villaverde. Lo mismo colabora con los vivos que con los muertos. De él, aunque le adornan grandes talentos, no se puede decir que es un hombre sin par. ¡Siempre tiene otra media naranja en éste ó en el otro mundo!

—Bueno, pues ahora está ocupadísimo dándole los últimos toques á ese permiso para agarrarnos á la verja del panteón que se llama en España enfáticamente Presupuestos del Estado, y tanto le atosiga y preocupa ese permiso, que ni siquiera se acuerda de subirse el cuello del gabán. D. Eugenio, por su parte, no le deja un momento en paz. ¿Cómo anda eso, D. Pepe?—le pregunta quince veces al día.—Bien, bien—responde Echegaray;—ya estoy en el último cuadro.

—En el del hambre.

—Naturalmente, no había de ser en el segundo á mano derecha de los pantalones de Sellés. Una vez constituido el Congreso, medita D. Eugenio, sufro unos cuantos días la musa de la insolencia en la discusión del Mensaje, y en seguida, á despachar los presupuestos. Es decir, los presupuestos los despachará Echegaray, porque yo me voy mientras tanto á Algeciras á despachar á España.

—Pero ¡caramba! Si han de invadirnos los moros, ¿qué falta hace que se aprueben ó no los presupuestos?

—Ninguna; pero bien sabes que con el parlamentarismo, la cuestión es pasar el rato.

—¡Ah, ya!

—Y como á Echegaray le aplauden tanto cuando habla de números...

—Claro, la gente entiende más de dramas.

—En fin, me marchó á felicitar á Mazzantini por su elección de Chamberí. ¡Ya torea en las afueras!

—Pues yo le daría el pésame.

—¿Por qué?

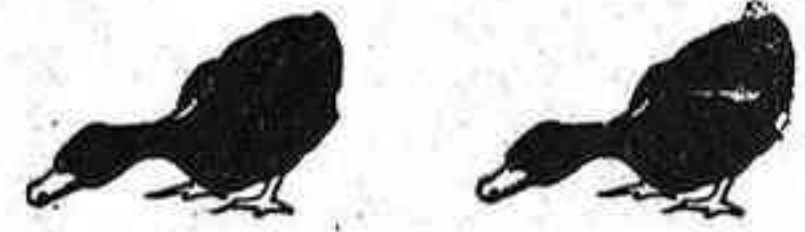
—Porque habiendo salido también Iglesias, éste será el matador. Pobre Mazzantini, á sus años y con su historia, pasar de primer espada á banderillero municipal.

—No te falta razón. Por eso le decía ayer un edil

á otro: «Con Iglesias hemos dado, Sancho...» Veremos lo que hacen los tres socialistas en la Casa de la Villa.

—Entre ellos hay un Caballero.

—¡Malo, malo! van á durar muy poco allí. Anda, coge el sombrero y vamos á felicitarles á todos. Pero, mira, Calínez, te encargo de nuevo que apenas se vaya Montero Ríos á Algeciras, pongas los cánones en remojo y te capacites, como todos los españoles, para guarda del harem. ¡Costa se va á salir con la suya!



Cancionero gedeónico

¡Gracias á Dios...! ¡Ya ha ocurrido la escena que se esperaba...!

¡Ya el Parlamento ha tenido la nota que le faltaba!

Si con esas discusiones en que el humor se revela ya iba el salón de sesiones convirtiéndose en plazuela, ¿no era justo echar de menos las broncas fenomenales que alegran á los morenos en las horas otoñales?

Ya han empezado. Y de fijo que serán muy numerosas, porque, como el otro dijo, «principio quieren las cosas».

¡Me chupo de gusto el *deo* con satisfacción creciente recordando aquel jaleo, que fué del modo siguiente!

Peroraba Manolín defendiendo sus conquistas para enterarnos del fin de algunos obstruccionistas, cuando, de pronto, agitado, con ademán belicoso, hacia él se va Maldonado, que es un señor muy nervioso.

Creyendo que iba á emplear argumentos contundentes, quieren el golpe parar algunos de los presentes...

Este grita, el otro corre por temor á un atropello, y á Maldonado, Latorre le sujeta por el cuello;

los porteros intervienen con cuidado temeroso, y los maceros detienen al diputado fogoso.

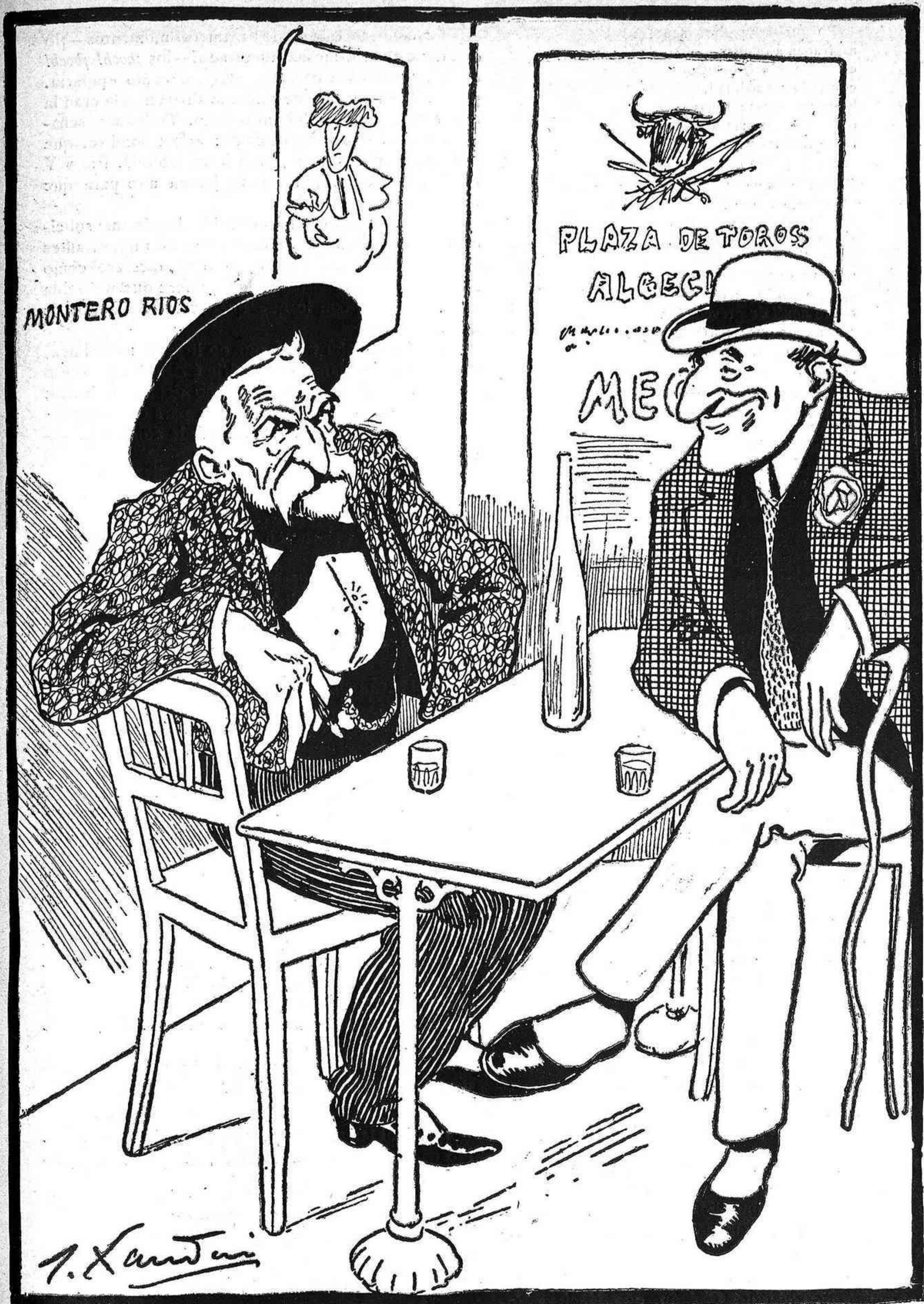
Y del terrible fragor del combate extraordinario saca el portero mayor un chichón parlamentario.

Total: una nota fresca que nuestra vida engrandece...

¡Una escena pintoresca que repetirse merece!...

Estos nobles ciudadanos que buscan nuestro interés, ¿no han de venir á las manos si legislan con los pies?...





¿LA RETIRADA DEL MAESTRO?

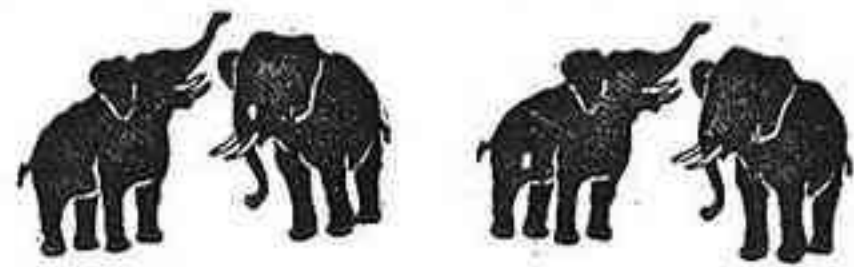
MONTERO. — SI, SI, GEDEON... ¡ME PARECE QUE ME RETIRO DESPUÉS DE LA CONFERENCIA...! VÉN-
GASE A ALGECIRAS SI QUIERE USTED VERME DAR EL ÚLTIMO GOLLETAZO... ESTOY MUY VIEJO YA
PARA ESTOS TROTOS.

GEDEÓN. — ¡COMO QUE DEBÍA USTED HABERSE RETIRADO EN LA PLAZA DE PARIS!

Porque tres padres menores
 aspiraban á ocupar
 en el Congreso su sitio
 con toda formalidad,
 hubo protestas airadas
 que no me acierto á explicar...
 Si á otros menores, antaño,
 se les dispensó la edad,
 ¿por qué no hacer á estos chicos
 del momio participar?
 Cierto que resulta fuerte,
 si hemos de decir verdad,
 á esas tiernas criaturas
 darles un cargo formal
 que por su importancia pide
 cierto *aqué!* de gravedad...
 ¡Que á los que apenas son hijos
 de la patria, irles á dar
 la investidura de padres,
 está un poquitito mall...
 Pero como el Parlamento
 nos va resultando ya
 más bien un juego de chicos
 que un Congreso nacional,
 ¿no es oportuno que á él vayan
 los muchachos á jugar?



Para probar que el acta de Sequeros
 está de manchas llena,
 vinieron á Madrid unos vecinos
 del pueblo de la Alberca.
 Con sus trajes, bastante originales,
 ellos fueron la nota pintoresca
 que esparció en los pasillos del Congreso
 un poquito de aroma de la tierra...
 ¡Ya hay que apelar á todo!
 ¡Ya es preciso traer, á viva fuerza,
 testigos presenciales
 del pucherazo que triunfar intental
 Pero mejor sería
 que los que aquí manejan
 los líos de las actas,
 por los distritos y los pueblos fueran
 para buscar y recoger los datos
 que á veces interesan...
 ¡Vaya la Comisión por esos mundos,
 y á ver si se la agregan
 doscientos ó trescientos diputados
 y cinco ó seis ministros con carteral...
 ¡Vayan todos!... ¡Tomadles el billete
 de ida... pero sin vuelta!



DESDE VIENA

Con motivo del fuerte temporal reinante en Europa, no recibimos hasta ayer la interesante carta de D. Pío que á continuación publicamos, y que no hemos querido extractar porque no tiene desperdicio.

Dice así:

«Comprendo, querido Gedeón, que Sánchez Román me tenga, como dicen los chicos, un poco de tirria por ser yo el elegido para este viaje, pero bien conoces qué *inocente en paz vivía* cuando vino don Eugenio una cartera á ofrecerme.

«¡Qué éxito, querido amigo, qué éxito!

»Te confieso que en los primeros momentos—¡lo que tiene el no estar acostumbrado!—los ¡hoch! ¡hoch! de la multitud me parecían algo así como «¡paria, p.eura... gida!» pero después me dijeron que eran la mas viva expresión del entusiasmo. Todos me señalaban con el dedo, exclamando: «¡Ese hombre, que parece que no es nadie, es el formidable D. Pío.» Y las madres levantaban á sus hijos en alto para que pudiesen admirarme.

»Muchos periodistas han venido á visitarme solicitando mi opinión sobre los asuntos más importantes de la política internacional, pero yo, discreto como buen ministro de Estado, les confesé que no sabia nada de nada, con lo que quedaron encantados de mi ingenuidad.

»Aquí para *inter nos*, y que no lo sepa ni Calínez, yo creo que la alianza convendría á España, pero eso la opinión pública y el Gobierno deben indicarlo; yo no me quiero meter en nada, para que después no diga Bülow que no se me puede confiar un secreto

»¡Qué hombre tan adorable es este Bülow!

»¡Qué lástima que no pueda contarle entre sus yernos nuestro querido Presidentel

»¡Qué bien estaría en el banco azul al lado de García Prietol

»¡Te juro que no desmerecería en nada!

»¡Qué mujerío, Gedeón! ¡Qué archiduquesas! ¡No tienen ni Coburgo-Gotha de desperdicio!

»¡Aquí, en Viena, todo es espléndido y maravilloso!

»¡Hasta el pan! ¡Digo, ya habrás oído hablar del pan de Viena...!

»¡Qué húngaras! ¡Qué húngaros! ¡Y yo que creía que no tenían más habilidad que la de hacer bailar á los osos por las calles!

»Puedo asegurarte que todo eso es falso.

»También dicen que en Astorga no hay más que mantecadas, y ya ves, de allí hemos salido García Prieto y yo.

»No se puede creer á la gente.

»Estuve en una cacería á la que me invitaron altas personalidades: ya no ignoras que nunca me he distinguido como tirador, y que además los conejos me inspiran una profunda simpatía; así que no disparé ni un cartucho; pero con objeto de que no lo tomaran á desaire, dejé tarjeta en las madrigueras para que supieran que allí había estado D. Pío, el de Astorga.

»Adios, mi noble compañero. Pronto tendrá ocasión de abrazarte tu invariable

PÍO

»¡Ah! Si tengo tiempo, te escribiré desde Munich. No te envió cerveza de Baviera, porque ya la tenéis en la corte.»



¡El papel vale más!

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestro antiguo amigo y cereal Felipe Trigo ha venido á Madrid desde *Emerita Augusta* con el *Alma en los labios*.

Subrayadas convenientemente estas cuatro pala-



ROMANONES EN SUECA

UNO DEL PAÍS.—¡CHÉ...! ¿VOSTÉ POR ESTA CHARCA?
ROMANONES.—SI: HE VENIDO A VER SI PUEDO CAZAR ESE PATO, PARA QUE NO META LA PATA.

bras, ya comprenderán ustedes que son el título de un libro. Así se llama, en efecto, la última novela de Trigo que «viene de aparecer» en todas las librerías: *Alma en los labios*.

Bien sabe Dios que no tenemos prevención alguna contra el libro, ni mucho menos contra su autor. Le hemos visto trabajar con entusiasmo siempre; sabemos que sigue con ardor, en Mérida, la senda emprendida; y creemos sinceramente que tiene condiciones, como es costumbre decir, confundiendo á los autores con los recibos de inquilinato... Es más; recordamos haberle bombeado ligeramente y seguimos dispuestos á bombearle cuando leamos esta novela detenidamente, ó con otro motivo semejante.

Entonces, sí; pero ahora... Nuestro amigo nos perdonará si le aseguramos con franqueza que al hojear y ojear (con y sin h) su *Alma en los labios*, la hemos encontrado un tanto desagradable. No lo decimos porque sea algo sicalíptica, pues gracias á Dios estamos curados de espanto, sino por cierto olorcillo desfalleciente, sibilino, lánguido, indormánico, que se desprende de sus páginas.

El Sr. Trigo anda en malas compañías literarias. No nos cabe duda. Ha tomado demasiado en serio algunos inocentes delirios artísticos que hacen explosión en las revistas extranjeras, y quiere forzar la máquina para ponerse á tono. Hace mal. Y esto no es un consejo, sino una reflexión.

El distinguido cereal ya sabe lo que le queremos decir. Nos asalta el temor de que se deje envolver en esa atmósfera quintaesenciada y delirante que limita con la cursilería. Y lo sentiríamos de veras. ¡Cuidado, amigo Trigo, que se le va á evaporar la espiga!

Ese temor es el que nos obliga á hacerle tales observaciones. Porque no queremos tomarle en cuenta algunos descuidillos, fácilmente excusables cuando hay confianza, ni el excesivo deseo de originalidad que á veces le acomete. Este deseo, sobre todo, se lo perdonamos gustosísimos, después de haber visto cómo principia el capítulo I de la cuarta parte de *Alma en los labios*, titulada *La mujer*. Vean ustedes ese principio, que es un verdadero hallazgo:

$$\begin{aligned} \text{« } 0,4232323\dots &= \frac{319}{990} \\ &= \frac{4 + \frac{23}{99}}{10} = \frac{4 \times 99 + 23}{990} = \frac{423-4}{990} \end{aligned}$$

»Sí, bien. ¡Pobre rica! Al otro extremo del encerrado miró la Geometría de Anselmo:

$$\begin{aligned} C &= 2\pi R. \text{ Radio} = 0,64 \text{ metros.} \\ C &= \times 3,14 \times 0,64 = 4,0192 \text{ metros.} \end{aligned}$$

¿Verdad que es original? Realmente, las Matemáticas y la Literatura tienen muchos puntos de contacto, aunque otra cosa crean los indoctos...

Pero lo otro es lo que no podemos perdonarle. ¿Está bien que un hombre como Trigo escriba: «tú y yo, los bebedores de champaña en las nubes, los tiriteros del cielo... etc., etc.» No, no está bien. Ni tampoco que para dedicar un libro, aunque sea á *Jolanda*, como *Alma en los labios*, se pongan tantas cosas que quieren ser sutiles, refinadas, vagarosas, poetizantes, y resultan provocantes á risa, que dijo el otro.

¡Hay que ponerse tan espiritualizado, tan *con túnica*, tan *en trípode*, para leer estas cosas!

«Yo, María, estuve una noche tendido en un bosque de traición, muriendo, entre muertos, entre sombras, en charco de mi sangre...

»¿Y sabéis lo que sentí en la hora solemnisima?... etc., etc.»

«Con un poeta, yo, marquesa, creo haber comido corazón en una taberna de Lisboa, entre canalla.

»No sé qué vago recuerdo dulcísicamente desolado de aquella cena, que ignoro si existió, me asalta también al ofreceros este libro.

»¿Ebrio... ebrio...? alzo el jarro, vierto vida, y os la brindo en una copa.

»El jarro (pláceme) es tosco, fuerte, de cobre

»La copa, de cristal de alma

»La vida, pura.»

Francamente: nosotros nemos comido corazón en una taberna, con otros varios menudillos, y no sentimos ningún vago recuerdo dulcísicamente desolado... Y otra clase de corazones deglutidos ¡ay! en nuestros verdes años, tampoco nos han inspirado cosas tan relamidas.

¡Oh, qué redichos, refinados y refitoleros resultan estos bebedores de champaña en las nubes!

El jarro (pláceme), Trigo (disgústanos), parece un tanto abusivo... Venga su contenido, como otras veces, y déjese de cosas perjudiciales, escritas en *Emerita Augusta* y comentadas en *Magerit*.



El Sr. Jiménez—el chico de nuestra Redacción, que, aunque listillo, tampoco tiene edad para ser diputado—nos entrega un abultado paquete.

¿Qué es esto...? ¡Una friolera...! Cinco libros que acaba de publicar un editor amigo, y que nos remite con la loca pretensión de que les dediquemos sendos artículos.

Ya comprenderá el heroico é inocente editor que esto es imposible. No tendríamos espacio para tender las correspondientes longanizas de prosa, ni nuestros escasos lectores nos perdonarían el abuso. Y además, ¿qué vamos á decir de esos libros? ¿Que nos gustan? Esta es la verdad, pero aquí no podemos, ni debemos, ni queremos dar bombos.

Nos parece amena y hasta divertida *La feria de los discretos*, de Pío Baroja; interesante, *Rebelión*, de Joyzelle; curioso, *El modernismo*, de Gómez Carrillo, y traducidas con cierto aseo y equidad las novelas *Andrés Cornelis*, de Paul Bourget, y *Le Conquistadore*, de Jorge Ohnet... ¿Pero esto qué les importa á ustedes?

Lo que sí haremos es declarar á este editor completamente gedeónico. Porque todos los libros que publica, aunque sean buenos, invitan á decir: «¡el papel vale más!»



El sueño de una noche de Weyler

El buen ministro de Guerra y Marina se paseaba la otra tarde con impaciencia, recorriendo á grandes pasos su despacho de meritorio de Presidente, en el palacio de Buenavista.



LA CONSTITUCION DEL CONGRESO

GEDEÓN.—EL POBRECITO NO PUEDE ESTAR PEOR CONSTITUÍDO.

De cuando en cuando preguntaba á su ayudante qué hora tenía, porque en los principios económicos de Weyler entra el de no llevar reloj, y miraba á la calle de Alcalá.

—Pero, hombre, ¿qué harán que no vienen? ¡Y eso que son de tiro rápido!

¡Nunca había sentido tamaña angustia el pacificador de Cuba—si le hubieran dejado solo los insurrectos en la isla—como aquella tardel!

¡Ní ante la llegada del sastre sentía don Valeriano tanta emoción!

Por fin, el pesado rodar de los cañones de varios regimientos retendió los cristales de los balcones.

—¡Ahí están!—exclamó gozoso; y bajó de cuatro en cuatro los escalones, sin fijarse en que no llevaba nada en la cabeza, lo mismo que cuando entró en el Ministerio, por obra y gracia de D. Eugenio.

Salió, y minuciosamente fué examinando pieza por pieza, contando uno por uno los radios de las ruedas para ver si estaban cabales, y sonrió con satisfacción. Ya que D. Valeriano no se ponía de tiros largos, por lo menos quería salir á la calle de tiro rápido.

—Es necesario—dijo—que todo el mundo admire y contemple estas piezas de artillería, empezando por Echegaray, que me ha negado el presupuesto que le he pedido, para que las gentes admiren hasta dónde llega mi trayectoria.

Y, en efecto, lo primero que hizo fué pasar por delante del Senado, perturbando la apacible calma de los senadores, saliendo algunos á la calle muy alarmados, mientras otros pedían á los uieres azahar y azucarillos.

La primera impresión fué la de que Weyler ya se había proclamado dictador y se había echado á la calle con toda la artillería.

El mismo Montero le dijo al pasar: «¡Ave César!» y envió un recado á García Prieto.

Pero cuando los senadores advirtieron que sólo se trataba de una broma inocente, le dieron un paquetito de caramelos á D. Valeriano y se acercaron para acariciar á las mulas.

Aquella noche se acostó D. Valeriano muy satisfecho de sí mismo, y según nos comunicó su ayuda de cámara—un soldado que le zurce las guerreras—le oyó pronunciar entre sueños estas incoherentes palabras: «¡Oh, ahora puede venir el Kaiser cuando gustel... ¡Bülow, permíteme que te tuteel... ¡Cuatro hombres en el mundo nada más!... ¡César!... ¡Napoleón!... ¡Moltke...! ¡y yo!»



... y armas al hombro

Dice un periódico:

«... á las diez de la mañana llegó á Alcira el conde de Romanones, acompañado de sus hijos, del señor Requejo y del duque de Bivona.

En dicha estación esperaban los diputados señores Izquierdo, Gil Roger y Puig y Boronat, D. Juan Izquierdo, el director de la Academia de Bellas Artes, Sr. Salvá; el teniente coronel de la Guardia civil, diputado provincial Sr. Lamuela, y numerosísimo público que ovacionó al ministro, especialmente al salir en otro tren para Sueca. En Sollana esperaba el

alcalde, casi todos los vecinos y una música, que interpretó alegres pasodobles.»

¿Recibir á Romanones con un pasodoble?

¡Eso es ponerle en un tremendo compromiso!



En el examen de las actas de Sequeros, los peritos dicen que las firmas que se tenían por falsas en el informe de los calígrafos que primeramente las reconocieron, y así consta en el expediente, son falsas.

En cuanto á las raspaduras, en que se substituyó el nombre de uno de los candidatos por el del otro, dicen que, en efecto, eso se ha hecho.

La Comisión de actas ha declarado por unanimidad grave el acta de Sequeros.»

¿Grave nada más?

¡A nosotros nos parece que con los últimos Sacramentos!



Pues, señor, parece que se había resuelto el conflicto de los estudiantes y, efectivamente, por su parte resuelto estaba desde el momento que hace días entran en las aulas, pero ahora son los catedráticos los que también quieren ser chicos, y ahí tienen ustedes al señor Piernas, que no parece por la cátedra de Hacienda pública.

Y entre unas cosas y otras, se pasa el rato tan á gusto.



Todos los periódicos recogen las manifestaciones que tuvo á bien hacer en el Senado el gran don Eugenio acerca de la cuestión religiosa.

«Como el asunto tiene verdadera trascendencia—dice un diario de la noche,—y en la próxima discusión del Mensaje habrán de intervenir todos los hombres conspicuos de la política, de fijo ratificarán sus conocidas declaraciones acerca del problema.»

Y ya sabemos en lo que parará el asunto.

Pedida votación nominal, etc., etc., fué aprobado por 200 votos de mayoría, etc., etc.

¡Cosa más inocente que el Parlamento...!



El ministro de la Gobernación ha negado á última hora que el presidente del Consejo sea el designado para presidir las Conferencias de Algeciras.

Vamos, á D. Eugenio le ocurre lo que á los novilleros medrosos.

Se conoce que le han dicho que el ganado que se se va á lidiar es grande, y ahora no quiere vestirse el traje de luces ni á tres tirones.



Hemos tenido un nuevo crimen casi pasional, que casi han inflado todos los periódicos.

Por desgracia para la información, el asunto se prestaba á pocos floreos, y los reporteros se detuvieron al borde del romanticismo.

Ello no ha sido obstáculo para que en el calor de la descripción se les escapara algún gazapillo que otro.

Dijo, por ejemplo, un diario popular de cuyo nombre no queremos acordarnos en este momento:

«En el recibimiento, al lado de la puerta de entra-

da, tendido en el suelo, hallábase el cadáver de una mujer joven.

»La desgraciada, al ver á la autoridad, balbució algunas frases.»

¿No les parece á ustedes que ese balbuceo de un cadáver es uno de los descubrimientos más peregrinos de nuestro tiempo?



Con motivo del bando del Alcalde disponiendo que los tenderos envuelvan en papel blanco los productos alimenticios, una comisión del gremio ha anunciado á dicha autoridad que subirán el precio de los comestibles.

¿Puede darse nada más terrible?

Suponemos que los periódicos diarios no harán la causa de los irritados ultramarinos, aunque piensen en las bajas que puedan sobrevenirles con el bando.

¡No, por Dios!

¡No hagamos el artículo á los que quieren elevarlos!



¡Respiremos!

Definitivamente está acordado que la Conferencia de Marruecos se celebre en Algeciras.

Y á España le corresponde el inusitado honor de invitar á las potencias.

¿Cómo saldremos de ésta?

Es decir, ¿qué iremos ganando?

Porque, francamente, si solo hemos quedado para llamar á las potencias, ya sabemos lo que nos va á pasar...



Sigue coleando al acta de Sequeros.

Mejor dicho: coleará mucho tiempo.

No nos referimos precisamente á su gravedad, sino á lo que ha sido necesario hacer para impedir el contrabando

Los interesados en desbaratar los chanchullos se han traído á Madrid á los vecinos de La Alberca cuyas firmas fueron suplantadas.

¡Esto es presentar argumentos al vivo!

Y no está mal pensado.

Porque de tal manera se van poniendo las cosas, que vamos á ver discutirse las actas con la ayuda del aparato de proyecciones.



Y á propósito de actas.

La del Ferrol estuvo á punto de costarnos un serio disgusto.

¡Vaya! Como que el Sr. Dato se enfureció de veras, y amenazó, erizados los cuatro pelos que le quedan, con la ruptura de las buenas relaciones existentes entre la mayoría y la minoría conservadora.

¿Qué pedía el famoso aspirante á la vacante de Silvela?

El triunfo de su correligionario el Sr. Mille.

Pero después de sus gritos, de sus amenazas y de sus protestas, se le apagaron los fuegos gracias á la contestación de los republicanos cuyo apoyo solicitaba.

Vamos, que se le acabó el gas... Mille.



En el Ministerio de Instrucción Pública se ha descubierto un robo, frustrado por fortuna.

Los ladrones no trataban de llevarse ningún decreto—cosa que hubiese resultado beneficiosa,—sino que iban buscando la sustantiva moneda.

Treinta y cinco mil dures, que aparecieron íntegros, salvados de la criminal asechanza.

¡Qué ladrones tan torpes!

Hasta en eso vamos degenerando.

En vez de llevarse el dinero, ¡se dejaron un manojito de llaves y una palanqueta!

¡Es más difícil de lo que parece penetrar en una oficina y no perder nada!



Pero... ¡no hay mal que por bien no venga!

Gracias á ese robo frustrado, hemos sabido que esos 35.000 duros eran el sobrante de los gastos realizados para obsequiar á Loubet.

A no ser por este providencial suceso, ¡quién sabe si ignoraríamos todavía la existencia de esa cantidad!

Y véase cómo esos infelices criminales eran unos vivos que querían adelantarse en el aprovechamiento de sobras.



Eran unos vivos, sin duda; pero no unos Vivillos.

¿No conocen ustedes la última hazaña de este personaje?

Se disfrazó de teniente de la Guardia civil en compañía de cuatro de los suyos, también disfrazados de guardias, y se presentó en una dehesa donde, después de almorzar, exigió catorce mil duritos que guardaba el dueño.

Y después de guardárselos declaró que ya no volvería á echarse al campo.

Vamos, que se retiraba á la vida privada como cualquier político.

¿No es graciosa la aventura?

Después de todo, no puede negarse que el Vivillo es un hombre de modestas aspiraciones.

Aunque otra cosa crea el infeliz á quien cupo la suerte de satisfacer la modestia del amigo.



En medio de la general indiferencia, se han celebrado las elecciones municipales.

En Madrid particularmente—y lo decimos por haberlo visto—apenas ha ido á ningún colegio un elector de buena fe.

No hay que extrañar el caso. En este país hay tan poco amor á la enseñanza—según hemos reconocido todos los superhombres—que nadie quiere ir ni aun al colegio... electoral.



En Madrid, aparte la elección de Mazzantini, hubo una nota curiosa: el triunfo de los socialistas.

Por cierto que pusieron en juego el ardid de las papeletas con camelos imitativos que tanto han censurado en los demás partidos.

Y hay quien por ello les aplaude.

¡Hombre, no tanto!

Por más que ya se sabe que todo esto de las elecciones es un puro y reverendísimo camelo.



LA RESURRECCION DE GALVEZ HOLGUIN

MILAGRO PARLAMENTARIO

GARCIA PRIETO.—LEVANTATE, LÁZARO, ¡QUE ERES UN VIVO!